

# KAZANTZAKIS O LA BUSQUEDA A TORMENTADA DE LA VERDAD\*

Robert Rigouzzo\*

**K**azantzakis está entre los escritores que ponen su verdad en sus palabras. Su obra es, pues, inseparable de su vida. En este sentido, ella es el reflejo de una tentativa de aprehender globalmente lo humano y lo divino, de una búsqueda obstinada, por desesperada, de la verdad, a pesar de que sospecha de que ésta es inaccesible. Pero qué importa. Para Kazantzakis se debe pretender lo imposible si se quiere hacer algo que valga la pena. Su búsqueda tenaz, obstinada, procede de una voluntad empeñada en llevar al extremo su necesidad de comprender, de desarrollar todo su pensamiento, a riesgo de sufrir por ello. Sediento de lo absoluto, nunca abdicó, nunca transigió. Su carácter, su capacidad para rechazar expedientes y medias tintas, cuando está en juego lo esencial, eran excluyentes de toda actitud de compromiso frente al enigma de la vida.

Su temperamento, toda su naturaleza, lo llevaban simplemente a hacer suya la máxima de Goethe: «Nunca hay que hacer las cosas a medias». En este punto, su constante obsesión fue la de no poder realizar, por falta de tiempo, lo que deseaba llevar a término. «Dios quiera que llegue yo a cumplir lo que aún es necesario. De otro modo, moriría inconsolable», confiaba a Pandelís Prevelakis, en 1947. En 1955, a Börje Knös, su viejo amigo sueco, le escribía lo siguiente: «Moriré y una cantidad de libros estarán dentro de mí todavía».

Su inagotable capacidad de entusiasmo y de asombro, asociada a un persistente y constante sentimiento trágico de la vida, explica que Kazantzakis no haya podido escribir todo lo que llevaba en su interior, formular esa palabra absoluta que lo obsesionaba.

La riqueza de la materia que contiene la obra de Kazantzakis proviene de que el autor cretense trató de verlo todo, experimentarlo todo, verificarlo todo. De ahí su atracción por los viajes. «Salve, alma mía, que el errar siempre por patria poseíste».

---

\* Traducción de Miguel Castillo Didier. Original francés: «Kazantzaki ou la recherche tourmenté de la vérité». Publicado en *Le regard crétois*, N° 6, 1992 (Ginebra). Agradecemos la gentil autorización de la dirección de la revista para publicar aquí este estudio.

\*\* Robert Rigouzzo es autor de una tesis de doctorado de 3er. ciclo, Université de la Sorbone Nouvelle (Paris III), sobre el tema *L'humain et le divin dans l'oeuvre de Kazantzaki*, París, 1984.

El lenguaje profundamente humano de Kazantzakis refleja lo más escondido, lo más lancinante que hay en el hombre: la angustia por su destino. Es la necesidad de expresar, de gritar esta inquietud, lo que llevó a Kazantzakis a escribir. Fundamentalmente griego por sus raíces, es universal por su follaje. En este sentido, su pensamiento desborda ampliamente el mundo helénico.

La protesta del escritor cretense no es gratuita. Procede de lo que él estima su deber: formular, a su manera, la protesta del hombre ante Dios.

En cierto modo, él coincide con Senancur, que hace decir a su personaje Oberman (*Carta XC*): «El hombre es perecible. Puede ser; pero perezcamos resistiendo a eso y si la nada nos está reservada, no hagamos que ella sea una justicia».

Kazantzakis, poeta desgarrado, se enlaza con el pensamiento griego presocrático en la dimensión trágica que ésta confiere al hombre y a su condición. El autor de la *Ascética*, quintaesencia de su obra, busca, en efecto, una razón de vida, para soportar el horrible espectáculo de la enfermedad, la fealdad, la injusticia y la muerte.

Si filosofar es aprender a morir, Kazantzakis no es un filósofo, en la medida en que su meditación sobre la muerte suscita en él un intenso deseo de exorcitarla, a través de un comportamiento vitalista que lo condujo a abrirse y a hacerse abrir a sus personajes a las bellezas y a las alegrías de la vida.

Sumergido deliberadamente en la niebla que constituye el misterio de la vida, Kazantzakis se debate, se bambolea, entre lo vital y lo racional, actitudes fundamentalmente irreductibles. «Mascarón de proa, dirá de él M. L. Bidal-Baudier, que navega a velas desplegadas hacia lo imposible»<sup>10</sup>.

Esto explica, quizás, que el camino espiritual de Kazantzakis haya sido caracterizado por algunos por implicar elementos y formulaciones contradictorias. En efecto, uno puede preguntarse si no halla complacencia Kazantzakis en mantener al lector en la contradicción erigida en sistema. Nada de eso hay, sin embargo, si se quiere admitir que el escritor se propone recoger el desafío que permanentemente lanza al hombre un destino pavimentado precisamente con elementos antinómicos.

«Qué de contradicciones, Dios mío, cuando vamos a la caza de la vida y de la razón», exclama Miguel de Unamuno<sup>11</sup>, a quien Kazantzakis había conocido en Salamanca y de quien dirá que «fue la personificación más fiel y más rica del eterno Don Quijote»<sup>12</sup>.

---

10 Nikos Kazantzakis: *Comment l'homme devient immortel...*, Plon, 1974.

11 *Le sentiment tragique de la vie*, Gallimard, 1937, Paris.

12 *Voyages, Espagne*, Plon, 1987, p. 87.

El gran escritor griego no piensa de modo diferente: «Siento (en mi corazón) todas las inquietudes y todas las antinomias, todas las alegrías y todos los dolores de la vida. Y me esfuerzo por someterlos a un ritmo superior al de mi espíritu y más implacable que el de mi corazón: al ritmo de la ascensión del Universo»<sup>13</sup>.

Kazantzakis no se entrega a una especulación abstracta sobre las inconsecuencias del mundo. Está literalmente entregado a las contradicciones que encierra este mundo. Empujado por el deseo de «sorprender lo que se oculta tras lo visible, de horadar el misterio que da la vida y que la quita, y de saber si una presencia invisible e inmutable se oculta más allá del fluir incesante del mundo»<sup>14</sup>, Kazantzakis sabe que para emprender semejante empresa, debe adoptar ya la vía de la inteligencia, fría y tranquila, ya la del corazón, ardiente y atormentada. Ahora bien, el cerebro lo incita a reconocer los límites del hombre y no perder el tiempo persiguiendo lo imposible, mientras que el corazón «resiste y clama: no reconozcas nunca los límites del hombre; ¡rompe los límites!»<sup>15</sup>.

El primero se adapta a las circunstancias; el segundo se pliega a ellas. Y es la fuente del drama humano, tal como lo vivirá y lo confesará Kazantzakis, cuyo corazón reclamaba el todo eterno, mientras que la cabeza profesaba la nada.

El alma de Kazantzakis fue el lugar donde se enfrentaron la verdad racional que frustra el sentimiento ávido de plenitud y el acercamiento sentimental al secreto de la vida, que choca a la razón, paladín de la vanidad de las cosas. A este respecto, el gran escritor griego responde a la descripción que Unamuno hace de Don Quijote: «En tanto que desesperado heroico, en tanto que héroe de la desesperación íntima, es el modelo eterno de todo hombre cuya alma es un campo de batalla donde luchan la razón y el deseo inmortal»<sup>16</sup>.

Tal como Kafka, Kazantzakis siente, en efecto, que la lógica no es inquebrantable; ella no resiste a un hombre que quiere vivir. Y quien quiere vivir, sufre. Fundamentalmente, no es por pensar que se es, sino por sufrir. Se comprende mejor, entonces, el sentido de esta afirmación de Kazantzakis: «Gracias a Dios, he sufrido mucho en esta vida». Esa satisfacción no procede de una concepción masoquista del ser. Ese enamorado de la vida que fue el autor de *Alexis Zorba* no se complacía en absoluto en el comportamiento de una persona que encuentra placer en sufrir, que busca el dolor. Simplemente, consciente de que la prueba es inherente a la existencia, se felicitaba de no haber sido privado de lo que da a ésta su verdadera dimensión. Horacio Walpole, político y escritor inglés, decía que la vida es una

---

13 *Ascèse, Salvatores Dei*, Le temps qu'il fait, 1988, p. 44.

14 *Ibid.*, pp. 27-28.

15 *Ibid.*, p. 30.

16 *Le sentiment tragique de la vie*, *Op. cit.*

tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan. Por su temperamento, Kazantzakis se sitúa indiscutiblemente en la primera categoría.

La reflexión y la acción de Kazantzakis se nutren, como él mismo lo anota, de dos corrientes opuestas: una que asciende hacia la síntesis, la vida, la inmortalidad; otra que desciende hacia la descomposición, la materia, la muerte. Partiendo de la evidencia de que el hombre se halla colocado a medio camino entre esas dos pendientes, Kazantzakis siente la necesidad de buscar una explicación a los antagonismos y a las disonancias que forman la trama de la condición humana. La vida lo cautivaba tanto más cuanto que se le aparecía como un *maelström* de pasiones opuestas. Estimulado, excitado por esta corriente vertiginosa, quiere intentar «poner orden en la anarquía, dar un rostro -el suyo- al caos»<sup>17</sup>; en último análisis, dar un sentido al absurdo, descubrir lo que pueda haber de perdurable en lo fugitivo, viniendo así la vida a establecerse en «el latido del corazón de lo efímero inmortal»<sup>18</sup>.

Para Henry Miller, los griegos, «pueblo apasionado, de espíritu curioso, poseen el genio de los contrarios»<sup>19</sup>. Dominante en Kazantzakis, esta cualidad le permitió aprehender a fondo el problema de la condición y del destino humanos. Asimismo, lo que en su búsqueda de una explicación puede parecer que peca de falta de lógica, no es, de hecho, sino el reflejo de una realidad intrincada, analizada por un escritor llevado naturalmente a conciliar lo que parece inconciliable, a poner en partitura la desarmonía.

«Me atrevo a decir que el corazón concilia las cosas contrarias y admite las incompatibles», decía La Bruyère. La fórmula se puede aplicar a la audaz aproximación de Kazantzakis a esta materia, puesto que también el escritor cretense dio al corazón un lugar preponderante en la elaboración y la formulación de su pensamiento. En Kazantzakis, cuya sensibilidad era fuera de lo común, el corazón tomó constantemente la delantera sobre el intelecto.

\* \* \*

Para captar la obra de Kazantzakis, conviene abordarla con una mentalidad de luchador, ya que el autor mismo se consideraba como tal y estimaba que la dignidad del hombre le impone el deber de comportarse como un combatiente en estado de permanente movilización. Situado entre la duda absoluta y la certidumbre absoluta, umbrales igualmente inaccesibles para el espíritu del hombre, se apoya para dirigir su combate sobre la incertidumbre salvadora, según la expresión de Unamuno.

---

17 *Ascèse, Salvatores Dei, Op. cit.*, p. 24

18 *L'Odysée*, Plon, 1971, p. 547.

19 *Le Colosse de Maroussi*, Le livre de poche.

Es este mismo resorte el que trata de utilizar el escritor cretense. Cada vez que alcanzaba una certidumbre, el reposo y la certeza duraban poco. De esta certidumbre brotaban en él nuevas dudas, inquietudes nuevas que lo llevaban a empeñar un nuevo combate. Kazantzakis vivió por y para el combate, dividido entre la irresistible atracción que ejercieron sobre él las cosas de la vida y la sed de lo absoluto, esa necesidad de superación de sí mismo que impulsa al hombre a tender hacia «el máximo» y le evita así el riesgo de llegar a ser una charca cuya agua estancada termina por descomponerse. En este punto, Kazantzakis ciertamente habría hecho suyo este pensamiento de Víctor Hugo» «Los que viven son los que luchan». Pues, en definitiva, lo importante para el escritor griego no es el fin pretendido, sino el esfuerzo desplegado para alcanzarlo. A sus ojos, es el combate lo que vale y no la victoria, la cual es, en resumidas cuentas, secundaria. Igualmente, más que la libertad como objetivo, es la lucha por esa libertad la que es fuente de vitalidad y de grandeza para el hombre: «¿El resultado del combate es incierto? Tanto mejor. Vivir esa incertidumbre trágica, sentir multiplicarse las fuerzas ante la incertidumbre, he aquí en nuestra época la actitud más digna del hombre y la más fecunda»<sup>20</sup>.

Aguijoneado y confortado por la incertidumbre en su análisis y su interpretación de la aventura humana, Kazantzakis se nutrirá de todas las corrientes filosóficas. Espíritu en constante alerta, en permanente receptividad, se quiere a sí mismo ante todo libre, por consiguiente, irreductible a toda escuela determinada de pensamiento. Y es por eso que puede hacer cohabitar o sucederse, en su obra, a Epicuro y Zenón, Dionisio y Apolo, Nietzsche y Cristo, Buda y Lenín, Bergson, Francisco de Asís, Paul Valéry, Miguel de Unamuno, etc.

Esta diversidad en la inspiración refleja perfectamente la visceral independencia del espíritu de Kazantzakis, próximo en este respecto a un Paul Valéry, cuya prosa apreció particularmente (*Carta a Prevelakis*, octubre de 1931). No resulta sin interés destacar de paso cierto parentesco filosófico, rasgos vecinos de pensamiento, entre el autor de *Monsieur Teste* y el de la *Ascética*. «Se trata de pasar de cero a cero. Y eso es la vida», se lee en *Fin de Monsieur Teste*. «Venimos de un abismo oscuro; terminamos en un abismo oscuro. Al espacio de luz entre esos dos abismos lo llamamos Vida», tales son las primeras líneas de la *Ascética*.

Espíritu profundamente anticonformista -Heleni Kazantzakis le dedicará un libro de título bien sugestivo: *El disidente*-, Kazantzakis no intenta adherirse a ninguna capilla, a ningún sistema de doctrina. Su modo de acercarse al problema del hombre, su incansable esfuerzo por aprehender esa fuerza que -presiente- sobrepasa el fenómeno humano, implicaban en Kazantzakis una reflexión constantemente disponible, inalienable, abierta a toda teoría o experiencia susceptible de nutrir su

---

20 *Le Jardin des Rochers*, Éditions du Rocher, 1991.

propio ejercicio de reflexión y de ayudarlo a avanzar en su búsqueda, la que sabe es sin fin, como infinito es el horizonte hacia el cual ella conduce. No es pura coincidencia que en la arista humana de la obra de Kazantzakis se encuentren acentos de Camus. Para un gran escritor como para el otro, la nobleza del hombre reside en su determinación de empujar la piedra de la vida, aunque deba conocer así el destino de Sísifo. Apóstol del esfuerzo como medio de superación de sí mismo, Kazantzakis preconiza la movilización permanente de los recursos del hombre, cuya naturaleza es esencialmente potencial, virtual. Es a este precio que será valorizada la existencia - para la cual está «lleno de reconocimiento y afecto» el escritor griego (*Carta* de 21 de junio de 1914 a su amigo Stefanidis).

En un orden vecino de ideas, se encuentran en los escritos de Kazantzakis -¿pura casualidad?- análisis cercanos a las opiniones de una Simone Weil, pues la gravedad y la gracia, elementos antinómicos por excelencia, estaban en el centro de las inquietudes del escritor cretense, preocupado por ver al hombre vencer el peso, el espesor de la materia, a fin de permitir al espíritu tomar su ímpetu. Ciertamente, él está de acuerdo en este punto con André Gide, quien piensa que el hombre debe seguir su pendiente, a condición de que ella sea ascendente.

Kazantzakis evocará a menudo en su obra el impulso invencible que lleva al alma a elevarse e insistirá repetidas veces en el esfuerzo por transformar la pesada materia en espíritu. El hombre, según Kazantzakis, es una crisálida que debe consagrarse a liberar la mariposa que lleva en sí. Hay aquí, más que una imagen poética, la percepción de una potencialidad que incumbe al hombre concretarla si quiere realizarse plenamente y alcanzar su finalidad. El hombre debe, en efecto, colaborar ardentemente con esta energía misteriosa que arrastra y hace progresar al universo, del cual Kazantzakis tiene una visión unitaria, evolucionista, «ascensional», que recuerda -¿otra coincidencia?-, asombrosamente, la tesis teilhardiana de una humanidad solidaria en marcha hacia «el ser más». Este caminar debe cumplirlo el hombre, considerando que así coopera con la obra de valorización en curso. Como lo confía a Galatea, su primera esposa, Kazantzakis tiene el sentimiento de que hay un desconocido en él y que él es ese mismo: «He llamado mi Dios a este desconocido».

A este respecto, el lugar que da Kazantzakis a lo humano en su obra es tanto más importante cuanto está fundado -esto es al menos lo que deja entrever el pensamiento del escritor- sobre el presentimiento de que hay en el hombre algo o alguien que lo sobrepasa. «Me dicen -escribía Lautréamont- que nací del hombre y de la mujer. Es curioso; yo me creo más». Este «más» llega a ser, bajo la pluma de Kazantzakis, una llama interna, un hálito invisible, nociones todas que lo llevan a considerar que el hombre participa de esa terrible esencia evocada en la *Ascética*.

«Hay algo terrible en el alma humana», escribe desde Madrid, en 1932, a una amiga de Trieste, «una lanza de fuego y de luz que traspasa la inmensa pesadez de la materia y de las tinieblas»<sup>21</sup>.

Kazantzakis duda de que sea de la esencia de la verdad, al permanecer impenetrable, el situarse, en último análisis, en lo vivido y escapar de la especulación intelectual. Y ese es el fondo trágico de la existencia: estás obligado a vivir una verdad sin poderla comprender. El reproche que hace Zorbas a su patrón, tratado peyorativamente de intelectual, de pasar por el lado de la vida por querer pensar demasiado, resume bien este estado de cosas. Igualmente, tanto en lo divino como en lo humano, la aproximación de Kazantzakis refleja el eterno combate de la vida contra la razón, luchando esta última por poner en ecuación, fijar de cierta manera, lo que por definición es fugaz y cambiante. A este respecto, Unamuno pensaba que las matemáticas (lo que Kazantzakis no habría contradecido por cierto) son la única ciencia perfecta en cuanto suman, restan, multiplican y dividen números y no cosas reales, es decir, en cuanto es la más formal de las ciencias. Y el sabio de Salamanca insistía: «¿Quién es pues capaz de extraer la raíz cuadrada de un árbol?»

La concepción que Kazantzakis tiene de la naturaleza humana y que jalona su pensamiento y su obra, implica la idea fundamental de que el hombre no cumple su deber sino en la medida en que, desarrollando sus potencialidades, hace retroceder sus límites. ¡Desdichado el que deja su alma sin cultivo!

No es indiferente recordar, en este estadio, el desencanto, la profunda herida que Kazantzakis adolescente sintió al saber por su profesor de física que el hombre no es la creatura querida, privilegiada de Dios, «que Dios no ha soplado sobre él, que no le ha dado un alma inmortal; que el hombre es, como los demás seres, un eslabón de la cadena infinita de los animales, nieto, biznieto del simio. Y que si se rasca un poco nuestra piel, si se rasca un poco nuestra alma, se encontrará debajo a nuestra abuela, la mona... ¿Qué eran, pues, esos cuentos azules con que, sin pudor, nuestros institutores nos habían ‘machacado’ los oídos? ¿Por qué se nos engañó durante tantos años?»<sup>22</sup>.

Profundamente turbado, Kazantzakis no parece dispuesto, sin embargo, a atenerse a una versión, por cierto científicamente indiscutible -lo reconoce-, pero que no sitúa el problema del destino del hombre en su verdadero terreno. La obra de Kazantzakis reposa, en efecto, sobre una intuición que lo obliga a aprehender el tema en toda su dimensión. En su óptica, el escritor griego habría suscrito probablemente este aserto de un predicador contemporáneo: «Sabemos que somos

---

21 Eleni Kazantzaki, *Le Dissident*, Plon, 1968, p. 263.

22 *Lettre au Greco*, Plon, p. 139.

un simio, pero somos los únicos en preguntarnos por qué hay en nosotros algo más que nosotros».

Es este suplemento de ser en ciernes en el hombre, esta llama que el viento rebaja pero que no puede extinguir -tal como Kazantzakis la barrunta-, la que lo hace rebelarse ante el fenómeno de la muerte, cuyo enigma no cesará de atormentarlo, así como atormentará a Teilhard de Chardin, quien, al mirar por primera vez a un «pobre cadáver», se juró «hallar el significado de tal aparente despilfarro, pues 'eso' no podía terminar en un olvido total». El eminente sabio no vaciló en confesar el terrible sentimiento que experimentó el día en que, a la edad de cinco años, tuvo conciencia de que era perecible. Así pues, a uno y a otro repugnaba la idea de un ser banalizado, desprovisto de toda «esencia».

Meditando sobre la muerte, André Malraux escribió: «Su grave resonancia no responde a ¿quién soy yo?, sino a ¿qué es una vida?»<sup>23</sup>.

En esta óptica, Kazantzakis busca, a su manera, comprender por qué hay algo más que la nada, interrogante fundamental que tomamos del astrofísico Hubert Reeves y a la cual, como lo reconoce el autor de *Pacience dans l'azur*, la ciencia no da respuesta. Siendo así, el escritor cretense, por orgullo probablemente, más que por convicción, desesperado pero intrépido, deja la puerta entreabierta a la hipótesis de un universo absurdo, guiado por el azar y que marcha hacia la nada. El Ulises de su *Odisea* lo testimonia elocuentemente.

La distancia que separa lo humano de lo divino la franquea Kazantzakis con un paso tanto más ágil cuanto que «Dios está ovillado en cada célula del cuerpo», y que «una chispa vive en el hombre y salta de generación en generación»<sup>24</sup>.

Jacques de Bourbon Busset llama a Dios el «suspect». Kazantzakis no vacilaría en adoptar el mismo término, en su acepción etimológica, para designar a ese «Gran Soplo», a ese «Invisible», cuya presencia sospecha él en el hombre.

Pues a la vez que concibiéndolo «manos a la obra» en todas las cosas, es principalmente a través del hombre como el poeta cretense busca a Dios. También lo humano y lo divino se imbrican cómodamente en la medida en que constituyen el doble aspecto del mismo problema. En el pensamiento de Kazantzakis, al menos como se lo puede captar en su contrastada marcha, el hombre y Dios se presentan como los dos perfiles de una mismo rostro. Son en cierta manera, dos términos, dos manifestaciones, dos componentes inseparables de una misma realidad, a la vez aparente y latente.

---

23 A. Malraux, *Lazare*, Éditions Gallimard, p. 130.

24 *Ascèse, Salvatores Dei*, *Op. cit.*, p. 77.

Una de las ideas fundamentales de Kazantzakis es que la creación está siempre en marcha, por doquier y en todo. El *Génesis* continúa. En una conversación que, en sueños, tiene con el Greco, hace decir a este propósito a su antepasado: «Algunos me califican de herético; dejémoslos hablar. Yo tengo mi propia *Santa Escritura* que relata lo que otro olvidó referir o que no se atrevió a decir. Abro el *Génesis* y leo: 'Dios creó el mundo y al séptimo día descansó. Entonces llamó a la última creatura, el hombre, y le dijo: Escucha, hijo mío; tendrás mi bendición. Yo hice el mundo, pero no lo he terminado. Te dejo la mitad hecha; tú debes continuar la creación: quema al mundo, conviértelo en fuego y devuélvemelo así a mí. Y yo haré con él la luz'»<sup>25</sup>.

En efecto, para el gran escritor, el hombre tiene un rol que jugar en el proceso de evolución en curso, pues «Dios y el hombre juntos hacen grandes cosas»<sup>26</sup>. En la óptica de Kazantzakis, el hombre es de cierta manera responsable de Dios, según la fórmula de André Gide.

«Kazantzakis no niega a Dios en su obra», declaraba M. Epitropakis en una conferencia dictada en Heraklio sobre el elemento religioso en el arte del escritor cretense; simplemente no quiere hacer depender fatalmente todo de una potencia superior, esperando de un ser supremo que resuelva hasta nuestros más pequeños problemas cotidianos. No cuenta con los milagros, limitándose a encender cirios y a santiguarse como un santurrón. El hombre respetuoso de Dios no se queda con los brazos cruzados: lucha».

Es que, en efecto, Kazantzakis quiere ver al hombre comportarse como un adulto. Lo quiere estoico y digno frente a la adversidad de la suerte. Nada de recurrir a medios «aseguradores», por consiguiente desmovilizadores. Esto explica que Kazantzakis sea firmemente opuesto a todo lo que, en materia de creencias, pudiera revestir una forma institucional, dogmática, teológica. A sus ojos, la relación hombre-Dios no soporta intermediario; es en cierta manera excluyente de toda noción de codificación, pues la razón no tiene derecho de ciudadanía en ese ámbito. De hecho, por su objeto que es inefable, indemostrable, el acto de fe participa de lo irracional y toda tentativa por conferirle un fundamento racional no podía sino implicar la paradoja para Kazantzakis.

«Todas las elucubraciones pretendidamente racionales o lógicas en apoyo de nuestra sed de inmortalidad no son sino leguleyería y sofística», escribe a este respecto Miguel de Unamuno. Y un sentimiento análogo expresará Charles de Foucauld cuando a sus superiores se les ocurra hacerle seguir estudios de teología en Roma. «Es admirable -escribe en Siria, en 1894, a una prima en Francia-, pero ¿sabía mucho de eso San José?»

---

25 *Lettre au Greco, Op. cit.*, p. 530.

26 *La dernière tentation*, Plon, p. 290.

En esta materia se puede adelantar que la actitud de Kazantzakis se emparenta con la de Víctor Hugo, que se alzó contra todo espíritu de capilla, aunque, de hecho, con un profundo sentimiento religioso. «Yo soy escritor -anota el autor de *La Ascética*, pero mi arte obedece a una idea mística».

El debate sobre el agnosticismo o el misticismo de Kazantzakis está lejos de haberse agotado. Como quiera que sea, situando su ejercicio de reflexión por encima de los esquemas tradicionales del pensamiento religioso, Kazantzakis confiere sin embargo a su meditación una dimensión metafísica incompatible -es verdad- con la idea de una redención merecida. Como lo consigna en su *Simposio*, detesta las pequeñas certidumbres lucrativas, todo lo que puede dar a la fe un contenido interesado. Quiere limitarse a un discurso con Dios que esté bajo el signo de la gratuidad y no del utilitarismo. «Combatimos sin certidumbre y nuestra virtud, al no estar segura de una recompensa, adquiere una extrema nobleza», subraya en *El jardín de las rocas*.

Partiendo de allí, Kazantzakis considera al hombre no como una simple «creatura», opuesta al «Creador», sino como un colaborador, un asociado con este último, estando los dos llamados, en último análisis, a salvarse o a perderse juntos. «Dios se bate», escribe en su *Carta al Greco* («Dios se hace», expresa por su parte Teilhard de Chardin en su *Milieu Divin*); «yo he puesto, a mi vez, un pequeño guijarro rojo», prosigue, «una gota de sangre, para afirmarlo e impedirle perecer, para que Él me afirme y me impida perecer; he cumplido mi deber».

Tal es el telón de fondo sobre el cual se disponen la obra y el pensamiento de Kazantzakis.

\* \* \*

# KAZANTZAKIS: THE TORMENTED SEARCH FOR TRUTH

Robert Rigouzzo

Kazantzakis's work reflects an attempt to apprehend globally the human and the divine nature. It is an obstinate and desperate search for truth. The author's deeply human language shows the most tormented of human beings: the anguish for his destiny. But this preoccupation - always present in his actions- does not include an intense love for life.

If philosophizing is to learn to die, Kazantzakis is not a philosopher, for his meditations about death lead him to a very intense desire for exorcism by means of a vitalist behaviour.

Kazantzakis, as his characters, is completely open-minded to the beauty and joy of life. In his search we find the real contradictions of human existence. Reason and feelings are different ways to try to understand the mysteries of life: both of them are followed by Kazantzakis. He is interested in two opposed currents that feed his reflection and action: one that ascends towards synthesis, life and immortality; and other that goes downwards material thing, death.

Kazantzakis' search appears as an everlasting fight, it is compared in some aspects with Unamuno's search. Some of Kazantzakis' ideas are compared also with the ones of Teilhard de Chardin

(Trad. de Juan C. Castillo)